



BREVE ESTUDIO

DE LAS

MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

POR EL LICENCIADO EN FARMACIA

D. PASCUAL B. HERGUETA.

EX-SUBDELEGADO DEL RAMO, E INDIVIDUO CORRESPON-
SAL DEL ILUSTRE COLEGIO DE FARMACEUTICOS DE
MADRID.



MADRID:

IMP. DE LA REGENERACION, A. C. DEF. GAMATO, GRAVINA, 21.

1858.





R. 4509

BREVE ESTUDIO

DE LAS



MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

POR EL LICENCIADO EN FARMACIA

D. PASCUAL B. HERGUETA.

EX-SUBDELEGADO DEL RAMO, E INDIVIDUO CORRESPON-
SAL DEL ILUSTRE COLEGIO DE FARMACEUTICOS DE
MADRID:

MADRID:

IMP. DE LA REGENERACION, A CARGO DE F. GANAYO, GRAVINA, 21.

—
1858.

BREVE ESTUDIO

DE LOS

MAQUILLAS DE LA NATURALEZA

POR AL. LUCIANO DE LA ROSA

D. PASQUA B. HERRERA.

REPRODUCIDO DEL LIBRO DE LA ROSA
Y DEL INSTITUTO DE LA ROSA DE
MADRID

MADRID:

EN LA IMPRIMERIA DE DON JUAN DE LA ROSA, CALLE DE LA ROSA, 21.

1878.

COSAS QUE SE CONTIENEN EN ESTE OPUSCULO.

Licencia.—Dedicatoria.—Prólogo.—Consideraciones generales.—Entrada al valle.—Descripcion de las montañas que forman sus barreras.—Entrada al gran foso.—Descripcion de su contestura hasta el sitio llamado *Las Herraduras*.—Ojeada geológica de este paraje y de los murallones de la izquierda.—Id. botánica.—Id. zoológica.—Historia de las abejas, por J. J. Virey.—Salutación á la Virgen.—Paralelo entre el templo de Salomon y el santuario de Nuestra Señora de la Hoz.—Justo tributo rendido á la Divinidad.—Una noche de truenos en el santuario de la Hoz.—Bañistas.—Fe de los mismos.—Efectos mecánicos del baño.—Salida del santuario.—Perspectiva que se ostenta.—Conclusion.

LIC. D. MANUEL DE OJEDA.

LIC. JUAN MONTE.

NOS EL LICENCIADO D. MANUEL DE OBESO,
Presbítero, Vicario eclesiástico de esta villa y su
partido, etc.

*Por la presente, y por lo que á nos toca,
concedemos nuestra licencia para que pueda
imprimirse y publicarse el manuscrito titu-
lado BREVE ESTUDIO DE LAS MARAVILLAS DE LA
NATURALEZA, mediante que de nuestra orden
ha sido examinado, y no contiene, segun la
censura, cosa alguna contraria al dogma
católico y sana moral.*

*Madrid quince de enero de mil ochocien-
tos cincuenta y ocho.*

LIC. D. MANUEL DE OBESO.

Por mandado de S. S.

LIC. JUAN MORENO.

NOS EL LICENCIADO D. MANUEL DE OBREGÓN,
Presidente, Vicario judicial de esta villa y su
partido, etc.

Por la presente, y por lo que á nos toca,
concedemos nuestra licencia para que pueda
imprimirse y publicarse el manuscrito titu-
lado BREVES ESTUDIO DE LAS MARAVILLAS DE LA
NATURALEZA, mediante que de nuestra orden
ha sido examinado, y se contiene, según la
certaria, cosa alguna contraria al dogma
católico y sana moral.
Madrid quince de enero de mil ochocien-
tos cincuenta y ocho.

Lic. D. Manuel de Obregón.

Por mandado de S. E.

Lic. Juan Moreno.

DEDICATORIA

A MI DIFUNTO HIJO ADRIAN HERGUETA,

Allá, desde las mansiones donde moran los querubines, exento de las aflicciones de este valle borrascoso y lleno de miserias, que tú, tierno ser, no llegaste á percibir, ves, no lo dudo, mi intencion recta, y acendrada gratitud hácia la Sagrada Imágen de Nuestra Señora de la Hoz, consagrándola este humilde trabajo.

Oye mis votos, y ampara este pensamiento, recibiendo en holocausto el eterno sentimiento que prodigo á tu dulce memoria.

Por estas consideraciones, y teniendo presente que de cuanto va escrito acerca de la tradicion histórica de Nuestra Señora de la Hoz, nada se ha expuesto respecto de la

DEDICATORIA

A MI PUNTO NILO ABELIA BERGUELA

Alto, desde las nubes donde moran los
guerreros, cuando de las afueras de este
calle portadora y lleno de silencio, que la
tierra sea, no le quite a partir, no la
dado, mi intención recta, y acendrada y útil
hacia la Soberbia Indígena de Nuestra Señora
de la Flor, consagrándola este humilde tra-
bajo.

Que mis roles, y ampara este pensamiento,
recibido en holocausto el eterno sentimiento
to que prodigo a la dolor memoria.

PROLOGO.

Nada revela mas bien la existencia del Supremo Artífice, que la continua meditacion de sus magníficas obras, dirigidas con toda la armonia de su eterna sabiduria, esparcidas sobre el vasto teatro de lo que llamamos naturaleza. Esta idea, alimentada con la ayuda de las ciencias, se agranda á medida que las precede un detenido análisis de sus partes constituyentes, en cuya union se transparentan y dibujan portentosamente los detalles de la mas delicada perfeccion.

Por estas consideraciones, y teniendo presente que de cuanto va escrito acerca de la tradicion histórica de Nuestra Señora de la Hoz, nada se ha espuesto respecto de la

parte científica del punto que tanta nombradía ha llegado á conquistar en las épocas pretéritas y presentes, me he decidido á presentar y describir á grandes rasgos los detalles que suministra la estraña y singular estructura de esta gran quebrada, para que, sirviendo de primer ensayo, se consiga con el trascurso del tiempo llenar el vacío que indudablemente dejan mis exiguas luces, y la omisión de otras muchas particularidades y accidentes fenomenales, dignos de mas cumplida manifestacion.

La satisfaccion mas completa coronará mis deseos, si consigo hacer aceptable esta narracion á los ojos de mis compatriotas los molineses.

BREVE ESTUDIO

DE LAS

MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

Dios crea todas las cosas y
las pone en orden en el espacio
de seis días: forma al hombre,
y sujeta á su dominio todo lo
que ha criado.

(GENESIS, cap. 1.)

*Venite et videte opera Domi-
ni, quæ posuit prodigia super
terram.*

(PSALMO 45, v. 9.)

Hacia el ocaso y límite occidental de la ciudad de Molina de Aragon, y á distancia de dos horas, hay un paraje llamado la Virgen de la Hoz, cuyos rasgos y fisonomia geológicos, bastante originales, aunque no exclusivos en el suelo español, llaman grandemente la atencion y embargan el ánimo del mortal que por la vez primera, y lleno de un ferviente y religioso entusiasmo, di-

rige sus huellas á visitar al Idolo inmortal, al Diamante deslumbrador, enclavado en el núcleo de este portentoso espectáculo de la naturaleza. Si por un instante me fuera prestada la sublime inspiracion del divino Homero, cantaria á su semblanza, arrobado mi espíritu, las grandezas de la creacion, representadas en el decorado proscenio de este apartado y solitario albergue, celebrado por los hijos de la cristiana fe desde lejanos tiempos.

Enervada mi mente, os evoco, ilustres sombras de Platon, Tales de Mileto, Hiparco, Demócrito, Anaxímedes y otros cien sábios de la antigüedad, cantores inspirados de las armonias del universo, para que, en medio de mi pequeñez, me imprimais vuestros santos arrebatos, embriagándome en los inescrutables misterios esculpidos, para vida de los siglos, en este vasto archivo de las riquezas naturales.

Supla á tanta sabiduria vuestra un entusiasmo no interrumpido por los embates de una vida acerba y procelosa, fundado, no obstante, en las doctrinas imperecederas de la ciencia mas noble.

Con un lienzo aparejado en una mano, y con la brusca paleta y el tosco pincel en la

otra, vamos á trazar un cuadro que, aunque imperfecto, se dibujen y reflejen en él las verdades consignadas en las tradiciones bíblicas, ó en el Génesis, libro de la creación. Desde el sitio llamado el Ponton, que es donde el mermado y manso rio Gallo divide el terreno ordinario del admirable y pintoresco, que á vista de pájaro vamos á bosquejar, se presenta mas de cerca á los ojos del nuevo israelita la entrada de este fatídico desierto, que muy en breve se tornará en animado eden, sirviéndonos, para abordar á él, de ese movable y plateado hilo que, como el de Ariadna, nos conducirá, en alas de la curiosidad y de un santo recogimiento, á esparcir el ánimo, escitado por las primeras impresiones.

Allende la desnuda orilla de este rio aparece un primer término, y en el costado izquierdo la forma irregular de un anfiteatro, formado por varias fajas paralelas, derivadas de una crecida série de rocas, cuya composicion y variedad manifestaremos seguidamente.

La falda de este citado costado, que es una levantada breña hasta poco antes de descender al rio, está poblada de multitud de arbustos, matas y yerbas, que á benefi-

cio de las continuas exhalaciones y emanaciones de la corriente fluvíatil, mantiene en toda estacion un verdor que matiza el árido y sombrío aspecto del terreno esclusivamente formado de la descomposicion permanente de las rocas conglutinadas de arena y cantos rodados de sílice, diversamente representados en este primer lienzo del cuadro general.

La sabia Providencia, en sus detalles admirables, hizo de esta colina estéril, sombría y árida, un vergel donde se admira en toda estacion una lozana vegetacion que, aunque agreste, ofrece encantos y una perspectiva pintoresca, embalsamando el ambiente con el efluvio de mil pintadas corolas. ¿Cómo en un paraje formado exclusivamente de los restos áridos, duros y pedregosos de las rocas que coronan este elevado risco, se sucede sin intermision una alegre vida vegetal? La Providencia, en sus encantadoras armonias y sorprendentes leyes, proveyó á este suelo muerto de grandes capas de humus ó tierra vegetal, producida por la descomposicion elemental orgánica de los vegetales que coronan esta montaña, arrastrados por las aguas, los vientos y por las eternas leyes de la gravedad.

Abundan en este sitio las jaras ó cistos, con hojas semejantes á las del laurel, familia de las cistíneas; la digital lutea, llamada vulgarmente estepilla, de la familia de las escrofulariáceas, la cual, por un instinto innato de los animales, la desprecian como alimento; el bello ajo-puerro, con sus flores moradas de forma de piña, y raíz bulbosa, correspondiente á la tribu de las hiacintéas, y otros muchos arbustos, matas y yerbas que seria prolijo enumerar.

El pie de esta montaña es una faja herbácea destinada al pasturaje de toda clase de ganados, cortada por el rio.

A la derecha del ponton aparecen grandes hacinamientos de esquistos ó pizarras de color rojo y negro, segun que predomina el protóxido ó dentóxido de hierro; estructura laminosa, suaves al tacto, por cuanto en su oritognóstica formacion entra la magnesia, brillante por la concurrencia de la mica.

Alguna que otra estepa vive muy pobre sobre estas estratificaciones esquistas, ofreciendo un aspecto árido y triste.

Mas adelante pierden estos promontorios su naturaleza aluminoso-magnesiana y micácea, cediendo su direccion circular á tierras de labor, para volver á reanudar los es-

labones de la cadena de formidables rocas de parda arena y cuarzo variado, viniendo á confluír lateralmente en un punto con las del costado izquierdo, convergiendo en un ángulo en que al parecer queda cerrada la entrada al gran foso y burlado el caminante.

El espacio comprendido entre estas vallas es una planicie de sedimento, surcada por el trasporte y aluvion de naturaleza arenoso-aluminoso-magnesiána, que mantiene con la ayuda del cultivo una vegetacion artificial, destinada á los ramos de horticultura y agricultura, para el abastecimiento de la contigua aldea de Ventosa, quedando á la conclusion un prado que ofrece pasto á la vida bruta.

Un poco mas adelante, siguiendo el ondulado caminar del Gallo, que, como queda manifestado, nos sirve de guia en este encrucijado laberinto, da principio el magnífico drama que forma la mas brillante y entretenida página del gran libro de la naturaleza.

Los reinos mineral, animal y vegetal, concisamente considerados, forman el contexto de esta obra maestra del Hacedor Supremo, que iremos sucesivamente analizando á medida que nuestros sentidos vayan reci-

biendo las múltiples sensaciones de la presencia de los objetos que figuran en el presente cuadro, ayudados de la refulgente antorcha de la filosofía y de la estética.

En la imposibilidad absoluta de ajustarnos, en la descripción de este cosmorama, á las reglas de la geometría, ciencia de la extensión, arreglaremos un croquis que corresponda á la ligera revista que nos hemos propuesto.

La sílice, combinación hecha por la mano de Dios bajo una forma variada, como espondremos en seguida, constituye, desde este paso, el escenario donde se presentan á la vista del espectador las figuras retratadas al natural por el divino pincel.

Los riscos mas encrespados de uno y otro costado forman, por su dirección, un ángulo figurado ó imperfecto de esta misteriosa portada, y su naturaleza es exclusivamente sílicea bajo la forma de parda arena.

El basamento ó cimiento de aquellos es una brecha ó pudinga sílicea grosera, cuya dirección, así como estos, es angular y cortada por el río.

El terreno de este glasis geológico es de sedimento antiguo, segun todos los precedentes de la ciencia, resultando de aquí la par-

ticular colocacion de las moléculas silíceas en las variadas formas que admiramos.

El metal silíceo, combinado con el oxígeno, con sus derivados, como son: la arena blanca y roja, arena con mica, óxidos de hierro, fragmentos rodados de sílice impura, cuarzos variados, leyes de gravedad, atraccion, afinidad y cohesion, son los materiales y herramientas que, mediante la accion disolvente y mecánica del agua, trajo el Divino Artífice á este paraje, en alas de su omnipotencia, para edificar este colosal monumento, en el que siglos despues habia de ocupar un punto la Imágen de aquella levantada figura que aplastó la cabeza de la serpiente en obsequio de los descendientes de aquellos misérrimos mortales que, por su desobediencia al precepto del Creador del universo, comprometieron la salvacion del humano linaje.

Teniendo presentes las comparaciones y analogias de las composiciones corpusculares, presentaremos una razon cosmogónica de la existencia de estos materiales, hacinados en la perspectiva que conservan, remontrándonos, primero: al general cataclismo que sufrió la corteza del planeta que habitamos, acaecido hace cuatro mil ciento y

ochenta y cinco años, segun nos dice la crónica del P. Petavio; y segundo: á las revoluciones y trastornos ocurridos posteriormente, ora por causa de las convulsiones y trepidaciones terremotivas, ora por las reiteradas inundaciones neptúnicas y demas agentes que diariamente, y de una manera poco sensible, van desfigurando y descomponiendo las facciones geogénicas del globo.

Estos millares de millones de átomos silícicos, agitados fuertemente por las aguas en la general inundacion, fueron, en virtud de su atraccion molecular, prévia la evaporacion del líquido disolvente, reunidos en inmensos bancos, formando estos vastos almacenes de gres blancos y rojos, apresando en su íntima cohesion algunos fragmentos rodados ó redondeados, los cuales se presentan, á semejanza de lunares, en las superficies antiguas y sucesivas de estos rústicos si bien elocuentes paredones.

Estos mismos átomos, unidos con mayor fuerza de atraccion y mas removidos por las aguas, constituyeron este infinito y variado número de fragmentos rodados, quedando enredados en la gran amasadura de arena blanca y parda en medio del caótico ó desordenado torbellino, na-

ciendo de aquí las variadas rocas compuestas ó conglomeradas para admiración de las generaciones posteriores al gran suceso mencionado.

Bajo diferentes aspectos se miran sentadas las capas ó estrados de estas colosales y pesadas moles, no pudiéndose concebir su alternativa colocación sin la precisa é indispensable presencia y ayuda de una inundación neptúnica.

Así vemos formado el primer cuerpo de estas majestuosas montañas de brechas y pudingas ó agregaciones mecánicas; en seguida una capa horizontal de gres blanco ó rojo, otras de la misma pudinga, concluyendo con la propia arenisca compacta.

¡Qué grata sorpresa no causa el paralelismo de esas mil capas que van alternativamente engrosando la altura de esa mampostería! ¡Qué armónica forma geométrica no se revela en esa fachada de enfrente, en el lado izquierdo y en la parte superior, afectando primorosamente la greca ó el pintoresco y arquitectónico zig-zaj! ¡Cuánto no deleitan al geómetra esos imitados ángulos salientes, esos medios círculos, esas formas piramidales, esos prismas aristados, esos conos truncados, esos descomunales pa-

ralelógramos, cortados de los gres del costado derecho en su mayor altura, esas salientes curvas, esas otras convexo-cóncavas, y otras mil y mil superficies distintas! No nos equivocariamos mucho al afirmar que este reducido recinto es parte de un tratado de la ciencia de la estension. ¡Oh sublime y eterna sabiduria!

Para el ojo profano á esta ingeniosa ciencia, hay aquí, asimismo, objetos que mantienen viva la imaginacion mas dormida.

Nótanse pabellones por el agrupamiento de las masas pedregosas, graciosos enlaces con flancos que dan paso á la luz. Lágrimas negras y enjutas, salidas de las asamladuras de las pesadas capas, testimonio poético de la afliccion de esta apartada soledad en épocas en que yace postrada y desnuda la naturaleza de sus irizantes y animados arreos.

Espacios vacios donde anidan las aves carniceras que, á guisa de tiranos de la tierra, privados de amigos, se encierran solitarios, emulando á los antiguos barones en su castillo feudal.

Escalones para remontarse un mortal á la ardiente region del airado Júpiter, arrellanado en su trono, blasonado con el rayo

y el trueno. Cortaduras en forma de almenas, cortinajes fantásticos que cubren pequeños setos y reducidas breñas. Estatuas, esqueletos, centinelas avanzados; anfiteatros cubiertos de musgos de multiplicados matices. Magníficos oasis en los flancos de estos peñascos, que son otros tantos focos de colonización de los insectos, diminutos pajaritos, larvas, crisálidas é insectos perfectos. Derrumbamientos, desfiladeros, garritas, grutas y todo cuanto se puede representar en un croquis de historia natural.

En vano preguntaríamos, esforzando nuestra voz, á esas driadas, deidades ocultas en los ondulantes ropajes de estas apacibles y encantadoras selvas, la causa de tan bellos contrastes, de tanta divina armonía; en vano, sí, porque su argentino y sonoro eco nos lo arrebatariam esas envidiosas, inquietas y vocingleras ninfas y nereidas del hirviente Gallo.

Doblemos, pues, este lienzo, y sigamos con planta firme los pasos á la próspera naturaleza, al compás de los blandos conciertos de esta melodiosa corriente.

Entramos en el paraje llamado de las Herraduras.

Nada hay que preocupe tanto el ánimo

como la siniestra y terrorífica imágen de esos amontonados escombros y ennegrecidos despojos, desplomados de los muros levantados por el Sabio Arquitecto desde el origen de los tiempos.

Nada hay tampoco mas admirable que esas empinadas y corpulentas murallas de gres, pardo y rojo, dispuestas en gruesas estralificaciones, hendidas, surcadas y de múltiples superficies, que presencian con su asombrada esbeltez las huellas del asombrado caminante.

A la derecha la espantosa perspectiva de la asolada naturaleza; á la izquierda la rígida y potente musculatura arquitectónica. ¡Raro contraste! Formidables lienzos de soberbias pudingas, de formas y mezclas cambiantes, con durísimo y variado cemento silíceo, yacen á granel destacados, esparcidos y rotos en la escabrosa falda de esta opaca y áspera montaña. ¿Qué hercúleo ó sobrenatural resorte ha producido tal estrago? ¿Ha sido algun nuevo Sanson en oposicion á los gigantes filisteos, rebelados contra el escondido tesoro que venera la vieja fe en este sagrado recinto? ¿Lo fueron los desatados elementos subterráneos, en forma de horribles y espantables terremotos, salidos del

dedo de Dios para adicionar una nueva é imperecedera página en la sublime historia geológica, aumentando la admiracion de este santo retiro? Indudablemente fue esta la causa de tanto desórden, y no faltan por desgracia pruebas asaz auténticas é incontrovertibles en las crónicas de la ciencia, de los desastrosos resultados de estes pavorosos metéoros encerrados en las aberturas y grietas subterráneas de la madre tierra.

No podemos prescindir de tomar acta en este lugar de los acontecimientos que en diferentes épocas han sobrevenido y afligido á la humanidad, á consecuencia de estos terribles balanceos, llamados por analogia terremotos. A ellos debieron su destruccion en Chile las ciudades de Valparaiso, Milipilla y otras en 1822. Refiere igualmente la historia que una montaña elevada de la isla de Java, de quince millas de largo y seis de ancho, y poblada de cuarenta aldeas, despues de haber sido rodeada de una nube luminosa, se hundió, convirtiéndose en un profundo valle. La isla de Lorca, una de las Molucas, ha desaparecido completamente por efecto de estos espantosos resortes.

No faltan tampoco auténticas en nuestra España de este azote de la Divinidad, de

que por fortuna aparece de muy tarde en tarde. Así lo vemos confirmado en las sacudidas terremóticas acaecidas en el año de 1829 en las poblaciones de Elche, Almoradí, Benejuzar, Torrevieja y Orihuela de Murcia, todos de la provincia de Alicante, cuyos estragos, ruinas, devastacion y víctimas vimos espantosamente retratados en láminas que se expendian al público.

En octubre de 1852 sentimos de un modo notable en nuestros lares estos pavorosos y estracordinarios accidentes, y con particularidad en los pueblos de Monterde, Noguera, Bronchales, Orihuela del Tremedal, todos del partido de Albarracin, y en Alustante, donde se vieron patentes las formidables huellas de este gigante subterráneo, cuya salida, en forma de espantable torbellino, se ve ostensible en el barranco llamado Valdecalera, entre los citados Alustante y Orihuela.

Apartemos el espíritu de este cuadro desgarrador, y continuemos anotando en nuestro registro las nuevas maravillas que se reflejan en este vasto mosaico de la creacion. Al realizarse el cataclismo de esta rústica y asolada *Nínive*, no hay duda que el mágico dedo de Dios formó y paró, para admiracion

de las gentes, ese formidable prisma cilíndrico, llamado *Huso* por los molineses, en virtud de su forma y de la espiral que se nota en su lado superior. ¡Admirable mosaico de millones de partículas silícicas de múltiples y variadas superficies, que esconden en su íntima y compacta cohesión molecular la resistencia y dureza que inflama por la percusión al mejor forjado acero!

Cautivan la atención la esbeltez de ese soberbio y alto Goliath de las rocas; la granulosa contestura de ese cedro fosilificado; la solidez de esa pudingosa escala de Jacob; la sorprendente altura de esa admirable palma del desierto; la fortaleza de esa torre de David; la ruda pesantez de ese denodado antípoda del revuelto Eolo, y del airado y tonante Júpiter, y la grata emoción que por vez primera escita al conmovido viandante ese geológico estandarte y eterno trofeo de agregación mecánica.

De esta nueva Palmira, donde el templo de la naturaleza lo vemos cubierto de ruinas y añosos despojos de esos bastiones que informes miramos á nuestra derecha, se levanta risueña la vida animal y vegetal, que deleita nuestra vida y contenta grandemente nuestra imaginación.

Esas pesadas losas, lanzadas de su primitivo sitio por resortes poderosos, han venido á ser el pabellon de innumerables ventregadas de animalillos microscópicos, cuya estructura, colores y accidentes cautivan la sorpresa del mas diestro retratista.

Tambien bajo estas losas se fabrican, por mil obreros insectos, las obras mas acabadas de la industria y del artificio.

Ved esas feas y hediondas arañas, con sus ocho ojos para poder mirar, como Argos, por todas partes y direcciones sin necesidad de moverse. Admirad ese bien fabricado y tejido lazo para entrapar y devorar á su víctima.

Mirad esas pintadas orugas, fabricantes de seda, que con sus cuatro quijadas roen nuestras mas bellas flores. Examinad esa anillosa lombriz, arrastrando su cuerpo cilíndrico para formar terraplenes de tierra amasada formando bellas estaláctitas. Registrad esa levantada corteza de ese viejo zarzal, y notareis que infinidad de insectillos destruyen el tronco con sus gubias, barrenas, taldros, sierras y tenazas.

Reparad al anochecer esa luciérnaga, ó gusano de luz, que atrae, á beneficio de su resplandor, á su compañero de amores.

Ved esas abejas errantes, que con sus brochas ó limas en las piernas van recogiendo el polen de las flores para depositarlo en sus soberbios alcázares de miel.

Admirad esa rayada oruga, trasformándose en resplandeciente mariposa, desplegando las alas, engastadas de diamantes, y que por único alimento aspira el néctar de las flores. ¿Cómo se produce ese afortunado hijo de Céfiro y Flora, maravilloso emblema en todos tiempos de los placeres y la inconstancia? No podemos resistir el deseo de trazar la admirable historia de las abejas por un célebre naturalista francés, á quien su patria es deudora de las importantes revelaciones de la ciencia. Oigamos al ilustre, al sapientísimo J. J. Virey.

«Un enjambre, ó la sociedad de una colmena, se compone de una abeja madre ó reina, y de dos clases de ciudadanos: en primer lugar se hallan los machos ó abejones, de mayor estatura que las abejas comunes; estos son los padres de la ciudad; las obreras ó neutras ocupan el segundo lugar, y son los artesanos, los labradores que trabajan para proporcionarles subsistencias, para construir los edificios como en cualquiera otra sociedad humana; aun ejercen

tambien el oficio de eunucos, cuyo estado natural tienen ellas. En una colmena hay desde 200 á 1,200 ó 1,500 machos, y 15, 25 ó 30,000 obreras; pero nunca hay mas que una reina, no puede existir mas que una hembra ó madre de sus súbditos, segun vamos á verlo. Jamás tienen los machos aguijon venenoso; solamente la reina y obreras están armadas. El primer cuidado de una colmena nueva, la primera ocupacion de un enjambre dentro de su habitacion, es la de calafatearla interiormente muy bien con una cera particular, blanda y de color oscuro, llamada *propolis*, que las obreras recogen en los álamos blancos ó sobre otros vegetales algo resinosos. Ni los machos ni la reina trabajan en obra alguna: su esclusiva funcion se reduce á propagar la especie, porque las árduas ocupaciones del Estado, en los gobiernos de los insectos, cifradas están en los actos de amor. Cuando las obreras concluyen de construir las murallas de la ciudad, abren los cimientos para las habitaciones de la posteridad que nacerá, situándolas siempre hácia la cúspide de la colmena: consisten estas habitaciones en alveolos de diferentes tamaños, colocados en aquella ciudadela

para la postura de los huevos: en seguida fabrican los alveolos comunes, donde se almacena la miel. Para ejecutar estos ingeniosos trabajos se hallan provistas las obreras de apropiados instrumentos; poseen cuatro alas y seis patas, y desde por la mañana, al despertar la aurora, salen á la pecoreá á saquear las flores, cuyas emanaciones perciben desde muy lejos. Con sus prolongadas mandíbulas, que terminan en lengüetas huecas, chupan el néctar azucarado de las flores, y con las brochas ó limas cuadradas de sus patas traseras, raspan el polvo amarillo de los estambres, de aquellos filamentos que existen en el centro de la flor.

»Masticando despues este polvillo, forman dos bolitas pequeñas, que colocan en la parte cóncava de sus muslos, y así cargadas de provisiones retornan á la colmena. Apenas llegan, y aun frecuentemente en el camino, otras compañeras las descargan de las provisiones, recibiendo tambien en su boca el azucarado néctar que las primeras habian recolectado. Esas otras obreras tienen obligacion de construir los panales de alveolos, y pueden fabricar cerca de cuatro mil, ó hacer un panal de un pie de largo y seis pulgadas de ancho en veinte y cuatro horas.

Para esa operacion trabajan en comun , colocándose en numerosas filas ; amasan aquel polvo de las flores , ó lo mastican hasta reducirlo á una pasta dúctil conocida con el nombre de cera amarilla.

»La abeja construye con ella tubos regulares perfectos, de seis caras ó lados, terminados en pirámide triedra de tres planos romboidales. Estos hexágonos, cuyos bordes están reforzados, forman una de las paredes de cada uno de los otros seis hexágonos iguales que le rodean. Así está formado todo panal de miel compuesto de multitud de esos alveolos de cera, tan perfectamente unidos, que no hay espacio alguno perdido, pues aun las mismas paredes son delgadas como el papel. Está ideada tan admirablemente esa construccion, que un célebre y antiguo geómetra, Pappus, ha sentado un teorema, para demostrar que ninguna otra figura era capaz de suministrar tanto lugar, ni tampoco tanta economia en un limitado espacio. Las celdillas ó alveolos comunes están llenas de miel pura y cubiertas con unas planchitas de cera, que impiden se derrame: aquel es el almacen nacional, donde se quedan las provisiones, principalmente para el invierno. Cuando las abejas han

reunido mucha miel, se hacen perezosas; pero en quitándosela, dejándoles sin embargo alguna para una extrema necesidad, vuelven á recogerla con suma actividad. Conducen ellas la miel en su primer estómago, especie de una bolita trasparente que se percibe muy bien, separando su vientre del pecho; luego la desocupan en los alveolos ó en la boca de las obreras de la colmena que están mas hambrientas. Las abejas no producen la miel por sí; esta procede de las flores, y así se distinguen bien en esta las calidades de la planta de que la han cogido, ó de aquella mas abundante junto á su morada. Los alveolos ó nidos para la postura se hallan colocados en el centro de la colmena, y allí acude la reina á poner los huevos que mas tarde producirán machos, neutras ú obreras, y otra hembra ó reina. Para esta última postura construyen de antemano las abejas una celda grande y redonda, en forma de un dedal y con gruesas paredes; para edificarla trabajan mucho, y en su construccion emplean tanta cera como en cien alveolos comunes: alrededor de ella se hallan otros aposentos menos espaciosos, pero siempre doblemente mayores que las viviendas comunes, y son destinados para

los huevos que producirán machos; por último, las otras celditas de menor dimension sirven para los huevos de donde han de salir las obreras ó neutras. Estas cunas, estos edificios de las posturas, son la ciudadela, el paladion sagrado de la república de las abejas, y para defenderle sacrificarian toda su vida con ardiente patriotismo: cuando llegan á perder su reina, el pueblo entero se replega á este alcázar real para sacar una reina nueva, apresurando su nacimiento, como lo observaremos despues. La reina ó abeja madre es efectivamente madre de su pueblo; solamente ella tiene el derecho de reinar, con esclusion de los machos: entre las abejas no está admitida *la ley Sálica*.

» Ya hemos dicho que el derecho de reinar entre los animales pertenece á los mas perfectos, y cifrado está solamente en los actos del amor, en multiplicar mucho los súbditos. Bajo ese respecto, la naturaleza dotó ámpliamente á la reina de las abejas: siendo ella única en su sexo, los 1,200 ó 1,500 machos ó príncipes de la colmena le forman un serrallo numeroso. Quizá era indispensable esta disposicion, porque la abeja reina está obligada á poner 30 ó 40,000 huevos cada año, ó cerca de 200 cada dia.

» La reina abeja es modesta, y no se entrega á sus amores á presencia del pueblo: retirase á parajes distantes.

» Cuando en vida de la principal reina nace otra, por lo comun se turba el sosiego publico; porque al fin es un peligroso competidor al trono, y sabido es que el favor popular propende siempre hácia el sol que nace: como todos se apresuran á rendir homenajes á la jóven heredera, inflaman rabiosos celos á la reina madre, le inspiran un furor implacable: á nada menos aspira la pequeña y rabiosa Fredegunda, que á inmolar á su hija ó nuera. Si la ciudad es populosa, los habitantes se dividen en bandos, lo mismo los magnates ó machos que el pueblo ú obreras; los partidos se deslindan; á un lado forman los jóvenes y á otro los viejos; cada fraccion defiende á su reina y apoya sus pretensiones al trono. Esta escision del Estado origina siempre fatales discordias; los trabajos se paran, la guerra civil amenaza generalizarse: si la estacion es apacible y la colmena está muy poblada, despues de madura deliberacion deciden los prudentes senadores la conveniencia de establecer una colonia, y resuelven que se funda en otra parte una ciudad nueva.

» Los jóvenes, siempre turbulentos y amigos de novedades, reunidos en numeroso enjambre, se disponen á escoltar á la reina que emigre y fijarse con ella en el punto que elige.

» Por lo comun la reina vieja sale con el primer enjambre; abandona despechada su antiguo reino: si despues se forman otros enjambres, los conducen reinas jóvenes, vírgenes todavía.

» Pero cuando en un mismo enjambre se reunen por desgracia muchas reinas, la nacion se divide, la guerra civil es inevitable, y en los espacios del aire se traba la sangrienta batalla. Vense en estos pequeños cuerpos graves ejemplos de valor: el continuo batir de las alas emula en pequeño á las trompetas y tambores que dan la señal del combate: sobresalen las rivales reinas á la cabeza de sus batallones conduciéndolos á la pelea: allí se lucha cuerpo á cuerpo, se batalla con encarnizado furor: caen espesos como el granizo los heridos y muertos con el dardo fatal prendido al costado; pero el enemigo que le lanzó pierde tambien la vida, porque no puede desprenderse esa flecha del cuerpo sin desgarrar los intestinos: fatal odio, en el que se recibe la muerte por

satisfacer la venganza. Nunca termina la batalla hasta que una de las reinas es inmolada en aquel campo de estragos y carnicería; entonces sus tropas, ya libres del juramento de fidelidad, pasan al campo de los vencedores; publíquese la amnistia, y á los anteriores trastornos sucede la reconciliación general. Pueden impedirse esas funestas guerras, matando á una de las reinas: tambien se consigue separar á los combatientes tirando puñados de tierra al aire: algunas veces la lluvia suspende pasajeramente esas terribles contiendas.

«Mr. Huber encuentra tanta exactitud en la descripción que Virgilio hace de ellas en las Geórgicas, que espero me dispensareis citar ese fragmento, traducido por el abate Delille, advirtiéndome solamente que los antiguos llamaban reyes á las abejas que nosotros nombramos reinas.

Dice así:

Pero si entre dos reyes la insaciable ambición
La cruel antorcha enciende de fatal división,
Presto indicios se notan de discordias nacientes:
Bélico rumor suena, mil gritos insolentes,
Que del clarín emulan los marciales sonidos,
Agrupan los soldados, que vagan divididos:
Corren á la victoria, ó buscan muerte honrosa:
El dardo aprestan, batén las alas presurosas;

Fórmanse junto al rey, retando á su rival,
Y demandan á gritos de la lid la señal.
Del estio en claro día óyese el fatal toque,
Y furiosos se cruzan en el sangriento choque;
Lejos se escucha el ruido de tantos batallones;
Remolinando luchan los varios pelotones:
Sucumben miles de héroes, y caen precipitados,
Cual lanza densa nube los granizos helados.
Por un ostentoso adorno, por sus claras hazañas
Se distinguen los reyes, do lidian con mas saña.
Ya alientan al soldado, ya su furor animan,
Que en tan débiles cuerpos valor heroico abrigan;
Pero tan crueles iras, tan grande movimiento,
Un puñado de arena disipa en el momento.

» Agotada la colmena hácia el fin del estio
por la salida de los enjambres, si nota la reina
que aun nacen otras, arde en furiosos celos;
y como ya no hay posibilidad de enviar
fuera nuevas colonias con esas herederas
del trono, que ademas suscitarian bandos
peligrosos, revoluciones nocivas al gobierno,
el prudente senado autoriza á la reina madre
para que mate á las jóvenes pretendientes
aun en la misma cuna de su infancia. Rigoroso
es sin duda el sacrificio, pero así lo exige
la pública tranquilidad, y si la buena moral
lo condena, la política de las abejas le
absolvió siempre desde la mas remota edad.
Por consiguiente, no existe jamás en cada
colmena sino una verdadera reina, porque
no se reputan tales algunas

obreras que procrean machos solamente. Cuando por el otoño los machos han realizado ya la fecundación de la reina, son ya inútiles en la colmena, pues la estructura de sus patas no les permite trabajar; además han llegado á la vejez; se han convertido en objeto de desprecio: por ello son arrojados, espelidos á la fuerza de la ciudad, espuestos al rigor del invierno, y arrastran una existencia miserable: la lluvia y los hielos los matan; perecen en el mas cruel abandono: cuando mueren dentro de la colmena, las obreras trasportan afuera su cadáver, le arrojan, sin dispensarle honores fúnebres, ni aun los de la sepultura. Casi todos los autores afirman que las obreras matan á estos perezosos machos, por librarse de bocas inútiles que podrian causar hambres en la colmena durante el invierno. Reparten entre sí las obreras los diferentes trabajos de la colmena, dividiéndose al efecto en dos órdenes diversos: al parecer las mas grandes y ventradas, ó las primogénitas, se ocupan en recoger la miel y el *polen* de las flores, porque ese trabajo requiere mas robustez: cuando vuelven á la colmena, trasiegan la miel á la boca de las obreras mas pequeñas; tambien las entregan el *polen*:

estas últimas están especialmente encargadas de la preparacion de los alimentos para las larvas, y de la construccion de los alveolos. Otras abejas están comisionadas para desempeñar las funciones relativas á la policia de la colmena; ellas examinan si el tiempo está sereno, ó si pueden temerse próximas lluvias; guardan la puerta de la ciudad, repelen á los raterillos de miel, y aun á cualquier extranjero ó curioso; á todos los insectos que intenten introducirse en ella. Mas su vigilancia no es tan perfecta, ni su oposicion tan fructuosa, que siempre produzca resultados: á veces logra penetrar algun individuo maléfico, que introduce el desórden, causa el mayor espanto en la poblacion: cierta mariposa nocturna, llamada de calavera, el esfinge átropos, consigue introducirse y hartarse de miel. Sin embargo, las abejas no dejan otra entrada practicable para la ciudad, que una rendija, por lo comun muy pequeña, por evitar las visitas de mas temibles enemigos.»

Hasta aquí el distinguido naturalista Vi-rey. ¿Qué podriamos decir nosotros con nuestras pobres observaciones acerca de estos industriosos animalejos, que aumentara los encantos de tan ordenada monarquía,

emblema del trabajo y de la sumision? Continuemos, pues, nuestro descolorido relato sobre estos inanimados despojos de estas formidables rocas.

Agitanse en continuo movimiento en los flancos de estos caidos peñascos miles de insectillos; unos trabajando capullos de finísimo hilo; otros fabrican oquedades para tender el lazo á su víctima; otros, desprendiéndose de sus viejos y gastados indumentos para estrenar otros nuevos; otros, en fin, en perpétuo pugilato con sus corazas y armaduras á guisa de antiguos paladines.

Aquí viven delicados y pequeños pajaritos, amables como la infancia, que se reunen para jugar, para confiarse sus dulces placeres. Unos viven de frutos; otros, diestros cazadores, cogen los insectos en el aire, purgando la tierra de esa molesta gusanera que aniquila la verdura y las flores. Aquí el solitario mirlo canta su tristeza y sus amores, mientras que el feo mochuelo, que se posa en la descarnada picota de esas altas cumbres, gime, como el ermitaño, durante la noche. También el ruiseñor, cantor de estos bosques y quebradas, requiere de amores á su compañera desde la fragante y espesa enramada. Tanta voz en un cuerpo tan

diminuto, hechiza y llena el espíritu de inefables y encantadoras melodias.

Esto obligó á esclamar al inmortal Cárlos Linneo: *¡Tanta vox tam parvo in corpúsculo! ¡Tam pertinax spiritus! Spiritu prius deficiens quam cantu.* Nosotros diremos con otro poeta naturalista:

Los fuegos fátuos que de noche salen
Y danzan á la sombra de las breñas,
Tienen por candelabro la alba luna,
Y tienen tus canciones por orquesta.

Mirad á esa elevada cresta donde con el cetro de Eolo impera la fiera águila, terror de los reptiles y de las aves de este barranco.

¿Oís el clamor de este feisimo buho, arrellanado en la fragosidad de esos manchados y arrugados paredones, esperando el crepúsculo vespertino para sacrificar víctimas á su sed devoradora? ¿No sentís el graznido lúgubre de ese acarbonado cuervo? ¿No veis cruzar á esa lasciva y parlera urraca, tan inconstante como las diamantinas mariposas?

En las anfractuosidades y mas elevadas eminencias de estos contrafuertes, aparece

volteando la indómita y traviesa cabra, habitante perenne de estos pinosos peñascos.

Hé aquí la curiosa relacion que del genial de este cornúpeto rumiante nos trasmite el Plinio francés, el rey de los naturalistas, el célebre conde de Buffon: «Viene al hombre con voluntad, se familiariza fácilmente, es sensible á las caricias y aun capaz de adhesion; es mas fuerte, mas ligera y mas ágil y menos tímida que la oveja: es viva, caprichosa, lasciva y vagamunda; difícil de reducirla en rebaño; se aleja con avidez á las soledades á trepar y encaramarse por los sitios escarpados, á colocarse y aun á dormirse sobre la punta de las rocas y al borde de los precipicios. Es poco escrupulosa para alimentarse, y casi todas las yerbas le son aceptables.

»No teme, como la oveja, el calor sofocante, duerme al sol, se espone voluntariamente á sus abrasadores rayos, sin incomodarse y sin que este calor le produzca ni atontamiento ni vértigos; no se espanta de las tempestades; no se impacienta á la lluvia; pero es sensible al frío. Lo inconstante de su natural se manifiesta por la irregularidad de sus acciones: camina, se detiene, corre, salta, brinca, se acerca, se aleja, se

esconde, huye como por capricho, y sin otra causa determinante que la bizzarria vivaz de su sentimiento interior; y toda la agilidad de sus miembros, todos los nervios de su organizacion, apenas bastan á la petulancia de estos movimientos que le son naturales.»

El grajo, el carnívoro buitre, la mariana, el milano y otros feroces volátiles de esta pintoresca y animada Hoz, se reunen como una cuadrilla de bandoleros, y marchan al pillaje como un ejército.

Unos de dia, de noche otros, vuelan silenciosamente, hiriendo á sus víctimas, asesinandolas como si fueran traidores.

Los seres vegetales de estos montañosos parajes, no contribuyen menos á decorar y dar vida á este escondido eden. Algunas jarras, con su hoja laureada y hermosa flor blanca, esparcen su ambrosía por el puro ambiente de esta quebrada. La zarza ramosa, con su poblado follaje, los tréboles amarillos y azules, las resedas, la humilde violeta, la lavándula, la ajedrea, el tymo vulgar, el cantueso, la campanuda trepadora, el abrótno oficial, el guardaropa, la adelfa, el cardamine de prados, la salvia y varias otras embalsaman la encallejonada at-

mósfera de esta continuada fortificación de la naturaleza.

En diferentes estaciones hemos podido anotar los siguientes árboles, arbustos, matas y yerbas con líquenes y musgos:

Acebo, tejo, fresno, pino negral, endrino, enebro, espinó albar, correhuela, crisántemos de flor blanca, cuajaleche amarillo; infinidad de helechos y culantrillos, asomando la cabeza por entre los pedazos informes de las pudingas, á guisa de vergonzantes; vegetales que no há mucho servían de trofeos á los mozos molineses, para dar testimonio de sus visitas á la Madre de Dios, y que colocaban en sus sombreros en forma de penachos y caireles; yerbatora, ombligo de Venus, verbasco, cinoglosa oficial, verbena, quexigos, vencetósigo, ciruelo espinoso, collejas, tusílagó, tomillo, beleño negro, siempreviva de rocas ó muros, sauce, brezo, buglosa oficial, sifonanto, camedrios, cardo erizo, muérdago, millones de musgos, ajo-puerro, narciso silvestre, lechetreznas, digital purpúrea ó guante de la Virgen, diente de león, ranúnculos, enredaderas de flor blanca, escaviosa de bosques, agavanza ó rosal perruno, nueza blanca, carlina sin tallo, celidonia mayor,

alelí amarillo, centaurea comun, cerraja oficial, asfodelo de flor blanca, geranio de grullas, que en Molina llaman alfileres; guisantes de flor, infinidad de líquenes en las piedras y en las cortezas de los árboles; lirios morados, avellanos, morales, fresa oficial, fumaria de flor blanca, grama de las boticas, hongos de pino, jacintos silvestres, latiro de prados, malva de hoja redonda, manzanilla basta, primavera, marrubio vulgar, mejorana silvestre, acedera oficial, aliaga y muchísimas otras sin estudiar todavía. ¡Qué vida tan variada en un solar de ruinas y despojos!

Ya hemos manifestado en el primer lienzo que naturaleza pródiga hizo fértiles los sitios estériles á beneficio del material húmico, mantillo ó tierra vegetal.

Al considerar este precioso repertorio botánico medicinal, es bien reproduzcamos aquí la poesia de un farmacéutico español:

Para que cures tus males
Y conserves tu salud,
Prodigiosa multitud
Hay aquí de vegetales;
Mas no creas que son tales
Sus virtudes, que á la muerte
Detengan el brazo fuerte;

Porque si la muerte embiste
Nadie su empuje resiste,
Y ante ella es la ciencia inerte.

Mas nos dice la esperiencia,
Y por muy cierto se sabe,
Que mil veces, aunque es grave,
No es mortal una dolencia;
Y en tales casos la ciencia,
Si en empirismo no toca,
O en pedanteria loca,
Con yerbas de este jardin
Pone á la dolencia fin,
Y la vence y la sofoca.

Aquí la naturaleza
Los remedios facilita,
El arte los escogita
Y usa de ellos con destreza;
De modo que la fiereza
De la muerte cruel y airada,
Es muchas veces templada
Con una raiz ó una flor
Del jardin encantador
De esta soberbia quebrada.

Entra, pues, ¡oh caminante!
Y deten aquí tu pie;
Si en la ciencia tienes fe
Y la buscas anhelante,

Encontrarás al instante
Diversas plantas y flores,
Y verás á los doctores
Que á Orfila y Linneo siguen,
Cómo con ellas consiguen
Poner fin á tus dolores.

Donde la sublime Providencia ha desplegado todo el encanto de sus caprichos, es en esa matizada alfombra que cubre la superficie de estas brechas silíceas que casi nos cortan el camino. En los meses de abril, mayo y junio se dibujan magníficas, soberbias y primorosas venturinas, compuestas de millones de plantas criptógamas con admirable profusion de matizados dibujos. Examinadas con alguna detencion, ofrecen un mosaico, que no lo hay igual en el mundo, ni puede imitarlo el divino pincel de Apeles. Como del monte Helicon, tambien aquí nacen al pie de estos alfombrados escombros hebras de agua finísima y trasparente, filtrada por los poros de estas rodadas pudingas, eternos trofeos de este animado pensil.

Trozos de sílice blanca jaspeada, cuarzos grises, blancos, nacarados, grasientos, pudingas con cemento silíceo blanco y rojo, cantos rodados con depresiones ó manchas

blancas redondas, todo se manifiesta aquí á granel indicando al observador su procedencia y composicion de estas formidables barreras.

En las márgenes del Gallo vemos la escrofularia acuática con sus espigas de azul, la cicuta acuática con sus hojas prolijamente recortadas, el llanten, el polígono anfibio, cuyas raíces y tallos viven dentro del agua, mas las flores y las hojas salen de ella á saludar al volante cefirillo en forma de preciosas mazorcas.

Viven tambien dentro del agua las encas de hoja angosta, las cuales, si no reciben el agua del cielo, perecen, no obstante tener por lecho las aguas mismas del Gallo. Dentro de este serpean primorosas madejas y cendales de confervas, ovas y berreras.

Numerosas cohortes de pececitos buscan su alimento en las claras corrientes de este rio. Truchas pintadas de negro y carmin frezan en el áspero alveo de este apacible hijo de las náyades.

Pelotones de armados cangrejos salen de sus húmedos habitáculos declarando la guerra á su especie, á los pececitos y otros diminutos habitantes de este inquieto elemento.

¿Quién será capaz de describir las ondulaciones, islas, cabos, golfos, mesetas y bahías que en su trayecto forma este benéfico y tutelar río Gallo, pequeño Jordan de los molineses?

No concluiremos este largo y confuso lienzo sin admirar esta babilónica muralla, levantada á nuestra izquierda para pasmo y perplejidad del peregrino.

Las selvas consagradas á los dioses mitológicos en las mas elevadas cumbres, se mencionan con frecuencia en la mitología.

¿Se daría aquí el sangriento combate de los Titanes con los dioses? Si nos atenemos al Génesis, tambien podemos preguntar si Abraham vino á estas elevadísimas cimas á plantar tanto árbol como las coronan.

¿Será este elevado baluarte el monte Moria, donde quiso inmolar á su querido hijo Isaac? ¿Creció y se cortó aquí, es decir, en aquellos atmosféricos árboles, la vara de Moisés? ¿Fue aquí donde el sapientísimo Salomon hacia ó consumaba sus sacrificios? ¿Fueron Ezequias y Josias los que intentaron profanar estos antiquísimos muros que, á semejanza de los de Sion, encierran en su seno la inmortal Madre del Redentor?

¡Majestuosas selvas, empinadas montañas, apacibles soledades! los molineses os veneran porque sois la custodia, la sagrada vanguardia del Idoló, del consuelo que se encierra en vuestro limitado si bien augustó horizonte.

Enrollemos este alargado lienzo, y llenos de fervoroso recogimiento, entremos en ese sacrosanto santuario, emporio de nuestra devocion y asiento del ascetismo y religiosa veneracion de las primitivas edades.

No siendo de nuestra incumbencia trazar la historia del admirable portento que hace siglos se efectuó en este augustó recinto para bien del humilde y afortunado pastor de Ventosa, y para la eterna salvacion de las generaciones pasadas, presentes y futuras, porque ya el esclarecido varon, D. Antonio Moreno, cura propio de la iglesia parroquial de San Miguel de Molina, y abad entonces de su cabildo eclesiástico, consagró su nada comun erudicion y santo celo á predicar y describir la tradicion histórica é innumerables favores dispensados por la Madre de Dios, en un volumen en 4.º de 200 páginas, é impreso en Calatayud en el año de 1762, que ciertamente es un diamante literario, relegado por desgracia al

polvo de los vetustos arcones y clásicos estantones, y que lleva por título *La Ninfa mas celestial en las márgenes del Gallo*, nos circunscribiremos á consignar algunas comparaciones y paralelos, que aunque distantes, nos permitan ostentar al menos la devocion y santo delirio que los molineses sentimos por esta inapreciable joya.

Así, pues, y suspendiendo brevemente nuestra revista, formemos dos filas, é imitando la entrada que por via de rogativa hacen el dia 1.º de mayo de cada año los ilustres cabildo eclesiástico y municipal de la ciudad de Molina, subamos la escala, penetremos en el sagrado Pagoda, y saludemos á la Virgen en esta forma:

AVE MARIA (1).

¡Oh Madre del Redentor!

Puro sol de nuestro dia,

Refugio del pecador,

De los perdonados guia.

Ave Maria.

¡Oh Virgen de gracia llena!

Luz de la sabiduria,

Cuyo dulce nombre suena

Con tan célica armonia.

Ave Maria.

(1) Del periódico religioso titulado *El Domingo*.

Radiante estrella del mar,
Que en nuestra noche sombría
Nos puedes sola llevar
De salvación á la vía.

Ave Maria.

Cuando «bendita tú eres,»
El Arcangel te decia,
«Entre todas la mujeres;
»El Señor á tí me envía.»

Ave Maria, etc.

Si maravilla fue para el pueblo de Israel la construcción del templo de Salomón, hijo del profeta David, para nosotros los molinenses es la maravilla de las maravillas el santuario de Nuestra Señora de la Hoz, que, como aquel, también está consagrado á la mayor gloria de Dios por intercesión de su Santísima Madre.

El Señor ordenó á David que edificase un templo, llevándolo á cabo con el auxilio de 200,000 operarios en esta forma: 70,000 que porteaban las cosas de peso, 80,000 que cortaban y labraban las maderas y las piedras, 30,000 israelitas, los tirios y sidonios que Salomón había pedido á Hiram y los egipcios que probablemente le enviaría su suegro Faraón.

Aquí en este barranco nada hubo de eso, bastó el *fiat* divino y omnipotente, y quedó perfecta y asombrosa la maravilla.

Allí se labraron piedras por los hombres para el cimiento de la casa.

Aquí están fabricados y torneados por el dedo de Dios, y amasados con un cimiento que no lo hicieron, hacen ni harán los mas ingeniosos arquitectos del mundo.

Ni el sagrado libro de los Reyes, ni otro alguno del Antiguo Testamento, advierten que sobre la puerta principal ni subalterna de aquel templo hubiese alguna imágen que llamase la atencion de aquellas gentes del desierto.

Aquí, y encima de la portada oriental, hay un sol radiante de hermosura, alumbrado por otro sol menos rutilante, engastado en el azulado fondo de los cielos.

Aquel se cubrió con artesonados de cedro.

Este tiene por penachos los verdes y pin-toscos acebos, pinos, abetos, tejos y otros muchos árboles, formando y entretejiendo grupos de mil formas y caprichos.

Allí habitó el Señor con los israelitas, asegurándoles no los desampararía en su destierro y tribulaciones.

Aquí habita su Santísima Madre entre los devotos molineses y otros cosmopolitas, á

quienes tampoco desampara, testigos los muchos milagros que decoran su trasparente, en los cuales se reflejan todos los padecimientos físicos de la humana criatura.

Aquel templo se cubrió hasta la saciedad de oro, que al fin ninguna fragancia exhalaba.

Este está erigido en medio de un eterno perfume de mil doradas y plateadas corolas, teniendo por vecinos á los dulces y armoniosos pajaritos, cantores admirables de la creacion, á los dibujados é iluminados insectos, y por fin, á los fantásticos y encantadores Céfiro y Flora.

Allí hubo capiteles de bronce que desaparecieron.

Aquí hay soberbios y gigantescos aleros de piedra de mil modos y maneras labrada, hasta la consumacion de los siglos.

Allí se solemnizó la dedicacion del templo para trasladar el Arca de la Alianza con bueyes y ovejas sin tasa; *et immolabant oves et boves absque aestimatione et numero.*

Aquí hace siglos que no tan solamente se sacrifican estas especies, sino gran copia de los géneros y especies (*ex omni genere animalium terrestrium piscium volatiliumque*) encerrados en el Arca de Noé, con ricas frutas

y selectos caldos de los vecinos valles de Aragón.

Testigo el devoto y fervoroso pueblo de Odon, de la zona judicial de Calamocha, que en el segundo día de Pascua de Pentecostés, abandonando sus patrios lares, viene en alas de un religioso y secular entusiasmo á prestar pleito homenaje á la Azucena de *Nazareth*, en medio de sus estrañas y singulares danzas de palos y espadas, con sus métricas baladas, y velados con sus libreas montadas á la usanza de remotos tiempos, y precedido del feo, oscuro y pardo Satanás, pavor y espanto de la turba multa infantil de Molina. Sin duda este pueblo devoto, al iniciar su fiesta y marcar el tiempo que habia de señalarse para los sacrificios y días solemnes, no quiso ser menos en honrar al Señor por medio de su escelsa Madre, que los moradores de la tribu de *Levi*, como se menciona en el cap. 23, v. 24 del *Levitico*, donde se trata de las fiestas de las Trompetas, *clangentibus tubis*; y nosotros llamaremos á esta *festum gladiatorum et fustium*.

Si Salomon pidió para su pueblo remedio contra la seca, hambre, peste, tizon, langosta, y victoria contra sus enemigos, tambien en este augusto recinto se han

pedido muchas veces estas y otras gracias, contestando por nosotros la historia de esta milagrosa Imágen, dada á luz por el citado D. Antonio Moreno.

El templo de Salomon fue profanado por Achaz, nuevamente consagrado por Ezequias; profanado y consagrado otra vez por Manasés, es quemado, es reedificado, es despojado é incendiado, profanado, purificado y consagrado, y por fin destruido.

El sacro y venerando santuario de Nuestra Señora de la Hoz, no ha pasado por tantas peripecias y amarguras, quedando en pie para admiración y consuelo de las venideras gentes; verificándose aquello del Sagrado testo: *la casa que se edifica sobre roca, firme permanecerá.*

Todo aquí es incomparable, sublime y sorprendente.

¡Qué lecciones tan elocuentes no son para el filósofo escudriñador la contestura, rareza y multiplicidad de tantos objetos que á manera de rústico archivo se registran en este estrecho panorama! ¡Floridas márgenes, corrientes espumosas, murmurantes selvas, fuentes musgosas y susurrantes, salvajes montañas, añosas, descarriadas y arrugadas rocas pudingosas, visitadas sola-

mente por voraces y carnívoras aves: amables soledades, que arrebatáis el ánimo con inefables conciertos; feliz el mortal á quien fuera dado levantar el velo que cubre vuestros encantadores secretos, vuestras melódicas armonías, vuestros providenciales secretos!

Tanta sabiduría, tanto poder y contraste no puede menos de traernos á la memoria aquella elocuente é inspirada espresion del célebre Bacon: *Poca filosofía conduce al ateísmo, al paso que mucha filosofía nos hace volver á la divinidad.*

Nada revela mas bien la existencia del Supremo Artífice, que la continua meditacion de sus magníficas obras, dirigidas con toda la armonia de su eterna sabiduría, esparcidas sobre el vasto teatro de lo que llamamos naturaleza. Así lo hemos señalado en nuestro prólogo, envaneciéndonos en confesarlo así á imitacion de aquel antiguo filósofo.

Otro fenómeno no menos admirable, al par que terrorífico, viene á prestar á este sombrío y profundo lugar doble importancia y contemplacion. Hablamos de los meteoros; permitiéndonos narrar un episodio que por sus accidentes y estraños contras-

tes enerva el ánimo, reduciendo el estúpido orgullo del hombre á la mas completa inercia.

De los tiempos en que nuestra sonriente y apacible infancia se complacia con el esparcimiento de este retirado albergue en compañía de nuestros mayores, que venian á tomar los baños, aun conserva nuestra mente pavorosas reminiscencias de la accion de tan terribles y estraordinarios fenómenos.

Efectivamente, nada hay mas espantoso que una noche borrascosa en el santuario de Nuestra Señora de la Hoz.

El fluido eléctrico amontonado en la atmósfera, desciende sordamente á la cavidad de este angosto barranco; un calor sofocante afloja la rigidez de los nervios enervando los movimientos; un malestar y desasosiego hacen penosos los instantes de la vida en esta candente y no ventilada estrechez; cárdeno el cielo, la naturaleza en fatidico reposo. La inquieta corriente del Gallo es la única lira que hace resonar sus ecos en este aletargado pensil.

Empero un súbito y ronco murmullo da la señal de la guerra que los vientos y las horrendas cataratas de estos inanimados despojos van á declararse.

De repente se anuncia su furor por horribles silbidos. Una densa oscuridad envuelve al firmamento confundiendo con la tierra.

El rayo, rasgando este velo tenebroso, aumenta mas y mas la caliginosidad.

Cien truenos ruedan y parecen rebotar sobre las filas de estos destrozados baluartes, y sucediéndose uno á otro, rugen y braman para espantar y aturdir al mísero mortal. A las sacudidas que las rocas reciben del trueno y de los desatados vientos, se estremecen, se entreabren, y de sus flancos caen horrisonos torrentes y cataratas con rugidos espantosos.

Las aves, acostadas en sus feudales alcázares, gimen espantadas esperando perecer.

Al ofuscador resplandor de los horribles relámpagos cae abatido y sin sentido el nuevo ermitaño implorando socorro á la Madre de Dios, que al fin, con su mágico poder, calma la tempestad.

Los truenos y los vientos cesan de conmover las montañas; los pinos y los acebos, encorvados por el huracan, quedan inmóviles; las turbias y golpeadas aguas del Gallo y de los torrentes disminuyen, callando el bramido.

Un trueno lejano vuelve el sosiego, la esperanza y la vida á esta soledad, viniendo á disipar el terror, aspirando el cenobita el fresco y suave aliento del blando y cariñoso céfiro.

En la estacion en que se verifican estos sucesos y fenómenos meteóricos, son varias las personas que de la ciudad de Molina y pueblos circunyacentes, afligidas y trabajadas por diversas dolencias crónicas, vienen á usar interior y exteriormente las aguas de una fuente distante del santuario cerca de tres cuartos de hora, y que por una costumbre establecida muchos años há, han recibido la denominacion de baños de la Virgen de la Hoz.

Sus accidentes fisico-químicos no ofrecen en verdad una combinacion tal, que pueda, científica y rigurosamente, clasificarse como recurso terapéutico hidrográfico incluido en el cuadro sinóptico ó clave de los que la ciencia estima y califica de minerales.

Nace esta agua de una elevada montaña de arena menuda, la cual se recibe en un depósito de forma irregular, proyectado á diez ó doce varas del manantial, el cual está cubierto en la estacion estival de pinos y follaje para evitar la accion solar.

No tiene esta agua otra accion sobre la

economía animal, que sostenerla en un estado favorable al desarrollo y equilibrio de la acción vital.

Es agua que por su frescura habitual y seductora diafanidad es eminentemente potable; se caracteriza por su fluidez mayor que la del río, por la carencia de olor y sabor, por su peso específico próximo al del agua que destilamos en nuestros alambiques, y por la ausencia absoluta de toda especie de materia salina, térrea, ó cualquiera otra, si bien por la evaporación nos ha suministrado algo de sílice, hierro y partículas orgánicas, que han sido arrastradas en su curso subterráneo.

No obstante la simplicidad de su composición, la fe con que muchos dolientes usan estas aguas, se ven y han visto en diferentes enfermos consecuencias favorables, pagando con usura la confianza que inspira aquel mágico talisman.

Albérغانse los bañistas en los espaciosos departamentos del edificio que forma parte accesoria del santuario; unos reducen á novenario su permanencia; otros hacen de esta mansión un lugar de recreo, prolongando su estancia con el uso simultáneo de las mencionadas aguas.

Por lo común son dos las visitas ó expediciones que practican á los baños; de diez á doce por la mañana, y de cuatro á seis por la tarde.

A su regreso, encuentran en este asilo grata morada á la fatiga y cansancio, originados por la distancia, aspereza y fragosidad del camino.

Tanto la accion terapéutica del agua, tomada interiormente y en forma de baño, como el continuado ejercicio del penoso y largo trayecto, desarrollan general y prodigiosamente un apetito voraz, contribuyendo á reparar las pérdidas, haciendo renacer la alegría y un ilusorio esparcimiento en el espíritu.

A la hora crepuscular vespertina se entregan y consagran los bañistas á la oracion, implorando de la Santísima Virgen de la Hoz alivio y consuelo en sus dolencias; preces que repiten cuotidianamente, hasta que con la fe y esperanza en tan milagrosa Imagen, regresan á sus lares, muy aliviados unos, y completamente restablecidos los mas.

El baño, aunque de él no haya la mayor necesidad hasta la edad de cuarenta años, siempre es una precaucion higiénica altamente conveniente, teniendo por objeto

atemperar los humores; dar rigidez á los músculos, enervados por el calor y la mollicie ó vida sedentaria; desarrollar el movimiento y el apetito; despejar la imaginacion, y privar al cuerpo de las sales y fluidos infectos de la putrefaccion. así como la capa de polvo que continuamente recibe del aire que nos rodea.

Saliendo por la puerta occidental de este ascético refugio, quedando á nuestra derecha el jardin de los avellanos, morales y otros árboles y arbustos fructíferos, una amena y deleitable perspectiva viene á embargar nuevamente el pensamiento del que viene á visitar á la Virgen.

Descomunales trozos de rocas compactas, estratiformes y compuestas, descolgados de ambos costados, parecen querer contener el rápido y alborotador curso del Gallo.

Bulliciosos raudales de agua blanca y espumosa, vomitados por enormes fragmentos de piedra, zambullidos en el agitado seno de las aguas, quieren, acelerada y presurosamente, decir y contar de una vez la gritería, contiendas y altercados de las fieras odaliscas de Neptuno.

Levántase, en medio de esta atronadora efervescencia, un enorme y pesado poste,

de figura cuadrangular, vestido y orlado de mil tegumentos vegetales, formando el trono del dios del tridente, teniendo á sus plantas plateadas y nacaradas truchas, que sin cesar solazan y divierten á la majestad de las ondas con mil graciosas danzas y evoluciones.

En la hendida superficie de los murallo-
nes de la izquierda, dibújase la viviente ar-
quitectura; solanos trepadores de blanca y
azul corola, que se arraigan en las grietas
pedregosas; yedras flotantes en forma de
graciosas y matizadas guirnaldas; alelies
silvestres de flor pajiza, suspendidos de las
ramas de mil verdegueantes pinos y acebos;
enredaderas, que cubren con su espeso
manto las duras y torneadas brechas: tanto
verdor y perfume, tanto murmullo, tantos
cánticos de esos que improvisan los vientos,
las aguas, los ecos sonorosos de tanto árbol
como se ostenta en este segundo oasis del
santuario, todo estravia grandemente la
imaginación de un santo y místico delirio.

Venid, bardos, con vuestra cadenciosa y
alegre cítara, á cantar la grandeza de este es-
condido vergel.

Venid, druidas inmortales, sabios de la
mitología, vosotros tan versados en todas

las ciencias, venid, y descubridnos los secretos de esta soledad.

Allegaos, genios sublimes; cantad, á guisa de trovadores, el orden y concierto que reinan en este raro alcázar de lo creado; alzad vuestros sonoros acentos, que nuestra rota y ronca lira no tiene bastante vibracion sobre la adormida fibra de los no iniciados en estas celestiales revelaciones, que subliman el alma hácia Aquel que rige, obra y ordena tantas maravillas. ¿Qué alma, pues, no se conmueve plácidamente á la vista de la marcha portentosa y fenomenal de la naturaleza? ¿Qué profundo literato, qué excelente jurisconsulto, qué consumado teólogo, y qué entendido psicologista gozarán de la expansion y de aquellas puras fruiciones que proporciona el divino y detenido estudio de la historia natural? Pues, á la verdad, ¿qué otra ciencia ofrece mas encantos, mas atractivos, mas utilidad, mas interes? ¿Qué estudio hay mas ameno, mas florido, mas sublime? ¿Qué ocupacion, en fin, dispensa resultados mas exactos, ventajas mas positivas y aplicaciones mas útiles? El estudio de la naturaleza es la obra mas grande que puede acometer el humano entendimiento, exento de las inquietudes de la ambi-

cion, de la estúpida preocupacion, ni de otras pasiones que conturban y contristan á la humanidad.

Para concluir, advertiremos que no pretendemos que esta superficial y descolorida narracion lleve en si el sello del mérito que inspiran pensamientos atrevidos é inspirados: es sencilla, y hámosla dictado el celo por las cosas que hay en nuestro suelo, y la particular devocion á la santa Imágen que habita en el sitio enunciado.

FIN.

